

LA MUERTE DE AGRAMONTE

Por LUIS MORAN LORET DE MOLA

"La muerte le viene en el momento en que abandona su puesto para ocupar el de soldado".—Elías ENTRALGO.

En la llamada acción de Jimaguayú, librada el día 11 de mayo del año 1873, se desplomó la gigantesca y gallarda figura del Mayor General Ignacio Agramonte y Loynaz, el paladín más simpático de aquella jornada sublime que fué verdadera cruzada emprendida por la nacionalidad cubana para instaurar, en nuestra tierra, un régimen compatible con el decoro humano. Hasta ese momento, último de su vida, le acompañaron aquellos centauros habaneros, villareños y camagüeyanos y el inolvidable Henry Reeve que estuvieron a su lado en los instantes de su brillantez militar y en toda su ejecutoria de político pulcro.

Rara coincidencia: en mayo cayeron para siempre los paladines más excelsos de la Revolución Cubana; el de la guerra de 1868: Ignacio Agramonte y el de la guerra de 1895: José Martí. Ambos murieron como habían vivido siempre: con valor y decoro.

El notable historiógrafo autor de "Pensando en Agramonte" nos presenta a Agramonte como "un joven romántico, de estrado, cultura, civilismo, de arte y sociedad, de leyes y libertad. Nada en él dice de individuo de guerra. Se lanzó a combatir vistiendo toga, y si toma la espada y estudia leyes de guerra y exige el cumplimiento de las ordenanzas, fué porque en aquel momento, sólo en aquél, el machete era indispensable para vencer".

La desaparición de Ignacio Agramonte y Loynaz, cuyo cadáver fué "paseado como un Cristo en andas, pero con escarnio" —como ha anotado el señor Gerardo Castellanos— constituye un testimonio del sacrificio de una nacionalidad en defensa de su ideología. "Pero al gran guerrero —como anota el ilustre jurista Juan J. Expósito y Casasús, en su obra ya editada y que nosotros comentamos hace algunos años— hay que apuntarle un error, grave error que tan caro costara a Cuba. El mejor general de su época, el mejor oficial de caballería que han tenido los cuadros de nuestro ejército, el Mayor General, Jefe de nuestras huestes en dos provincias, actuó en aquel momento, en que se separaba de la infantería para dirigirse a su caballería, como un simple soldado, y puso a los pies del Ejército enemigo de su patria cuatro años de incesantes triunfos, su brazo, su talento, el alma de la guerra en estas dos provincias, y la esperanza más pura de la República". Así quiso suceder el hombre excelso que había dicho, en memorable carta a su amada esposa que bien merece una tarja que la evoque junto al monumento del héroe, esta concepción: "Jamás seré militar cuando acabe

la guerra; hoy es grandeza y mañana será crimen".

Hay una epístola memorable que fué firmada por el Mayor General Máximo Gómez, el General Julio Sanguily, el General Antonio L. Luaces, Jefe de la Sanidad Militar, el Teniente Coronel Rafael Rodríguez, el Comandante Enrique Loret de Mola, el capitán Ramón Roa, que eran todos, excepto el primero, miembros del Estado Mayor del héroe y que ostentaban en aquel momento crucial los grados militares que les anota y por el señor Francisco Sánchez y Betancourt, Representante del Camagüey. La epístola referida iba dirigida por los firmantes a la señora Amalia Simoni, la más virtuosa de todas las esposas de los cubanos separatistas. En este documento memorable advertimos cuánto significó para aquellos cubanos la caída de aquel apuesto galán de la Revolución Cubana. En esa epístola hemos leído:

"Había caído para siempre el Jefe incontrastable, el maestro de todos en la guerra, el modelo del valor y la constancia, el que a sus nobles cualidades de guerrero y de patriota, reunía las prendas de un caballero, el que era respetado como jefe, el que era amado como un amigo".

"Allí, en aquel acto solemne, todos lloraron, es verdad; pero no era aquél el llanto infructuoso del desaliento y de la desesperación; era el llanto varonil de los soldados de la patria; era la conciencia que a todos imponía el deber de honrar la memoria del valeroso adalid, como se honra a los héroes en la guerra".

"Y su memoria, señora, será honrada; que no en vano se consagra a la patria años de afanes mil y de fatigas, coronadas por gloriosa muerte; y sus altas lecciones, su grandioso ejemplo, serán impercederos, como será inmortal el nombre de Ignacio Agramonte y Loynaz".

"Admitid, señora, la expresión de triste duelo, que a nombre del ejército, os envían los subalternos y compañeros de armas de vuestro ilustre esposo".

Así se expresaron aquellos centauros que no ignoraban que en su existencia influyó hondamente su idilio con Amalia. Agramonte la amó entrañablemente. Fué su único amor. Por esto hacemos nuestra la noble aspiración del ilustre crítico de la Historia, el consagrado académico señor Gerardo Castellanos: "Esta, pues, si queremos darle sabor auténticamente agramontino a su historial, es imperativo que viva a su lado y en alguna de las tarjas ocupe lo que para él, ella significaba". No deberá pues transcurrir la fecha del centenario del advenimiento de Ignacio Agramonte sin que se coloque tan justificada tarja junto a la estatua que en Camagüey se alza en memoria del caudillo eximio.

0000037

IPD

PATRIMONIO
DOCUMENTAL
MAYO 11/84
CUBANA DE LA HISTORIA
DE LA HABANA